

EL GUERRERO DE LA DIGNIDAD Y LA SOLIDARIDAD, ESE FUE MI QUERIDO TEMÍSTOCLES

Sebastiana Barráez

Claro, no recuerdo la primera vez que lo vi, ni siquiera la segunda o la tercera. Solo recuerdo que lo descubrí, sobresaliendo entre mis profesores de la Universidad de Los Andes, a medida que fue asignando libros que leer, cuando empecé a observar el contenido de sus clases y a verlo en los pasillos de la antigua sede de aquella casa de estudios en San Cristóbal. La novísima carrera de Comunicación Social se había propuesto calar como una opción válida y de prestigio, por lo que cada profesor de entonces parece haber sido escogido con la pinza de calidad, trayectoria e intelectualidad. Con una u otra excepción, pero fueron los mejores.

Entre esos nombres, Arturo Linares, Pavel Rondón, Sara Roby, Simone Zuber, Chucho Romero Anselmi, Mariela Torrealba, González Escorihuela, Giomar Caminos y tantos otros, estaba el que marcaría una de sus huellas más importantes en mi carrera y en mi formación profesional: Temístocles Salazar.

Siempre sentí especial respeto por ese hombre, al que nunca lo abandonaba un libro, su sencillez y su disposición para enseñar. Sé que no era yo la excepción, muchos estudiantes lo acosaban para preguntarle algo de historia, del Táchira, de Venezuela, del mundo. Él siempre tenía una respuesta cargada de anécdotas.

Solo daba un suspiro para tolerar las críticas de algunos profesores de la Universidad que buscaban fastidiarlo, quizá por razones ideológicas, por su trabajo que descollaba o por esa incisiva palabra cuando era necesaria.

¿Razones ideológicas? Ah, es que Temístocles se declaraba comunista. Si,

miembro del Partido Comunista de Venezuela. Debo confesar, de los poquísimos, cuya palabra se correspondía con su modo de vida, con sus principios éticos y morales. Era un extraño farol en medio de la oscuridad que rodeaba el discurso de comunistas en el Táchira. No sé si deba decir esto, pero la verdad nunca hablamos de ideología, quizá porque asumía que para él ser comunista era una razón de vida, que yo respeté siempre. Nunca lo percibí dogmático, ni siquiera en ese tema.

En el último año de mi carrera le pedí ser mi tutor de tesis y él aceptó de inmediato, aun cuando yo sabía que estaba con mil tareas encima. Nuestros encuentros de revisión del tema se convertían en una clase más; él nunca dejaba de ser el profesor. Yo había empezado a trabajar, desde hacía tiempo, primero en La Nación y después en Diario Pueblo, así que nuestras charlas tenían mucho de ese acontecer del Táchira y del país. Siempre terminaban con un “se me hizo tarde y Raiza me está esperando”, decía mientras recogía sus libros y se iba tratando de darse prisa; siempre sonreía al verlo alejarse porque nunca faltó algún estudiante o profesor que se cruzaba o que lo esperaba para consultarle algo y hacerlo llegar más tarde aun a su casa.

Su familia era su soporte de vida. El amor por su esposa y sus hijos no tenía comparación más que por su amor al conocimiento. Una vez lo vi, a lo lejos, caminando parsimoniosamente con una pequeña niña a quien le tomaba la mano con orgullo desmesurado. Al acercarse me dijo, tratando de satisfacer mi curiosidad: “es mi hija más pequeña”. Le respondí: “profe, yo creí que sus hijos ya estaban grandes”. Y

me narró, con dulzura infinita, cómo después de no sé cuántos años la vida lo había sorprendido con un embarazo cuando ya creían que la familia estaba completa. Entendí su orgullo, se sentía un privilegiado, Y sin duda lo fue.

Concluido el texto de la tesis, después de revisiones y correcciones, por fin la presenté y cuando se acercaba la discusión fui a la secretaría para saber si él había firmado el documento de aceptación de la fecha, porque no lo había visto en la Universidad. Ahí me dijeron que había enfermado. Después me contó que estuvo muy delicado, que le recomendaron reposo absoluto. Esperamos para la defensa de la tesis, pero varios meses después aún los médicos no le permitían ni acercarse a la Universidad, por lo que me vi en la incómoda situación de asistir a la discusión sin mi tutor presente y aspirando entrar al próximo acto de graduación en el paraninfo de la Universidad de Los Andes en Mérida. Y así fue.

El profesor Temístocles no solo fue mi maestro, fue mi amigo. A raíz de un incidente con la entonces directiva de mi gremio, publicó un escrito de solidaridad hacia mí que me conmovió hasta las lágrimas y ese día también aprendí, aprendí a no olvidar que somos una sociedad de silencios.

Una vez me contó que había entrado a estudiar derecho en la Universidad Católica del Táchira, un hermoso gesto de apoyo y amor por una de sus hijas. Años después, en el ININCO de la Universidad Central de Venezuela, donde había iniciado mi maestría en Comunicación, lo encontré en el pasillo mirando una cartelera. Mi sorpresa fue inmensa y al preguntarle qué hacía tan lejos del Táchira me dijo que estaba revisando si ya habían publicado una lista del doctorado que estaba cursando. Nunca dejó de estudiar.

Cuando fue elegida la Asamblea Constituyente que se encargó de redactar la Constitución que está vigente en Venezue-

la, la principal fuente de información del país era el Palacio Federal Legislativo. El profesor Temístocles había sido elegido constituyente por el Táchira. Nunca olvidaré aquel día de 1999 en que se discutió el artículo de la reelección presidencial, que para Hugo Chávez era punto de honor, porque su aspiración era repetir en el poder una y otra vez.

El presidente de la Asamblea Nacional Constituyente era Luis Miquilena, un político de larga trayectoria, a quienes algunos consideran pieza importante para que Chávez llegara al poder, aunque esa estrecha relación se rompió en el año 2002. El día en que se discutiría la reelección presidencial encontré al profesor Temístocles en el pasillo de entrada al hemiciclo. “No te vayas. Necesitas oír lo que voy a decir. No voy a votar por la reelección. Es un error y yo debo ser coherente. Hay razones históricas para oponerse a eso y aunque lo aprueben quiero que quede sentada mi posición”.

Entré al hemiciclo. El profesor atravesó el amplio salón, hasta el otro lado, y ocupó el asiento que tenía asignado al lado derecho. Permanecí del lado izquierdo, en una posición que me permitía ver a los constituyentes y también al presidio, desde donde Miquilena dirigía la función.

No hubo más que discursos de apología a la necesidad de aprobar la reelección. Miquilena los escogió para eso. De nada sirvió que el profesor Temístocles levantara la mano una y otra vez, el presidente de la Constituyente lo ignoró de manera muy evidente hasta que cerró el debate y sometió a aprobación el artículo, asegurándose de no hacerlo por votación uninominal, sino a mano alzada y descaradamente dijo: por unanimidad.

Los constituyentes empezaron a salir. Yo permanecí en el mismo lugar, con indignación, pero sobre todo con mucha vergüenza por lo acababa de presenciar, por lo

que fue un irrespeto a un hombre probo, a un maestro. El profesor Temístocles se me acercó con su paso lento y me dijo: “no me dejaron hablar”, a la vez que guardaba en su carpeta lo que supuse era el texto, con los argumentos, que tenía listo para reforzar su negativa a la reelección presidencial.

Nunca volvimos a hablar de ese incidente. Hubo muchas conversaciones durante estos años, lamentablemente no en los últimos dos. Tuvo la deferencia de dar las palabras en el bautizo del libro que uno de mis hermanos hizo sobre mi padre.

Un día antes de su muerte le escribí un mensaje por teléfono:

“Soy Sebastiana Barráez. Su alumna de siempre, pero también quien lo respeta y admira mucho por su consecuencia en las ideas y con la vida. Quise pasar a saludarlo y a recordarle que por aquí tiene una amiga que lo quiere mucho y quien valora en demasía su solidaridad y lo importante de que usted haya sido mi profesor, pero también un ser especial en muchas personas y un personaje valioso para Venezuela. Un abrazo querido profesor Temístocles”.